

MUNIBE (Antropología-Arkeologia)	nº 61	139-151	SAN SEBASTIÁN	2010	ISSN 1132-2217
----------------------------------	-------	---------	---------------	------	----------------

Recibido: 2010-05-20
Aceptado: 2010-10-28

Las dimensiones del paisaje en Arqueología

Landscape dimensions in Archaeology

PALABRAS CLAVES: Arqueología del paisaje, Arqueología Procesual, Arqueología Posprocesual, Arqueosofía.

KEY WORDS: Landscape Archaeology, Processual Archaeology, Posprocessual Archaeology, Archaeosophy.

GAKO-HITZAK: Paisaiaren arkeologia. Prozesu Arkeologia. Prozesu-ondoko Arkeologia. Arkeosofia.

Policarpo SÁNCHEZ YUSTOS⁽¹⁾

RESUMEN

En primer lugar, este trabajo presenta una revisión del concepto de Paisaje en las Ciencias Sociales. Seguidamente, nos centramos en los principales ámbitos de estudio de la Arqueología del paisaje y en sus particulares fundamentos teórico-metodológicos. Como resultado de esta combinación de enfoques enfrentados, el Paisaje se ha convertido en un campo de estudio donde se integran las variadas dimensiones del pasado.

ABSTRACT

In the first place, this paper presents a review of the concept of landscape in the Social Sciences. Secondly, we focus on the main spheres of Landscape Archaeology and in its particular theoretical and methodological foundations. Finally, as a result of this approaches in conflict, the landscape is had become a field of study where the varied dimensions of the past are integrated.

LABURPENA

Lehenik eta behin, lan honek Gizarte Zientzietako Paisaiaren kontzeptua berrikusten du. Jarraian, paisaiaren Arkeologiaren ikerketa eremu nagusiak eta horien oinarri teoriko-metodologikoak aztertuko ditugu. Kontrako bi ikuspegi horien elkarketaren ondorioz, Paisaia ikerketa eremua bilakatu da; iraganaren askotariko neurriak integratzen dituen eremua, hain zuzen ere.

1.- BREVE HISTORIA DE UN CONCEPTO: EL PAISAJE EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Durante la Modernidad, el Paisaje, como concepto, tiene un profundo enraizamiento en el ámbito germánico; aunque como motivo artístico goza de una larga tradición que se remonta más allá del siglo XV (ROGER, 2007). Según Hegel, el Paisaje (*Landschaft*) es la seña de identidad de una nación y el resultado de la simbiosis que opera entre la sociedad y el espacio, por lo que a su vez engloba la dimensión física, etnográfica, estética y visual. Gracias a esta relación entre "Espacio" e "Identidad", en la Alemania del siglo XIX se establece una peculiar correlación entre el "Paisaje alemán" y el "Espíritu alemán" (*Zeitgeist*) (ORTEGA VALCÁRCEL, 2000: 287).

Durante el siglo XIX en Europa se instala un proceso de idealización, promovido por la filosofía alemana, que influye decisivamente en las todavía emergentes Ciencias Sociales. La

Geografía regionalista, siguiendo los enunciados hegelianos, considera el Paisaje como la seña de identidad de una Región. Se establece así una equivalencia entre ambos términos. Bajo esta nueva dimensión (Región-Paisaje) se reúnen los elementos naturales con los sociales. Esta relación simbiótica (entre comunidad humana y medio ambiente) implica que el Paisaje también se conceptualice de un modo histórico y, por tanto, con múltiples formas.

Esta dimensión paisajística catapulta a la *Geografía regional* más allá del mero análisis fisiográfico y la conduce hacia los dominios de la historia y la cultura, por cuanto se interesa por las singularidades regionales y los procesos históricos de su formación. Para todo ello, renuncia a las generalidades y al positivismo. Sin embargo, habrá que esperar al primer tercio del siglo XX para que el geógrafo estadounidense Karl O. SAUER (padre de la *Geografía cultural* america-

⁽¹⁾ Universidad de Valladolid. Departamento de Prehistoria y Arqueología. Pza. del Campus, s/n. 47011 Valladolid. policarpos@hotmail.com

na) proporcione la primera definición formal de Paisaje. Su propuesta tiene una importante carga “regionalista”, en tanto en cuanto considera que la dimensión histórico-cultural es el agente cardinal que cincela la identidad de todo Paisaje. Dice: “el paisaje cultural se crea, por un grupo cultural, a partir de un paisaje natural. La cultura es el agente, el área natural el medio y el paisaje cultural el resultado” (SAUER, 1971: 46).

Esta conceptualización del Paisaje abre las puertas de la Geografía a la dimensión fenomenológica, pues entiende el Espacio como una realidad mental sometida a la percepción particular de cada individuo. De tal modo, los sentidos se convierten en la llave necesaria para descifrar los códigos culturales que impregnan y dan forma al Espacio. Con este punto de vista se renuncia al análisis Clásico del Espacio y, en su lugar, se promueve toda descripción que relate las particularidades fisonómicas labradas por una comunidad humana a lo largo del tiempo. Así, el Paisaje, para la *Geografía regional* y *paisajística* de principios del siglo XX, es un serio elemento de interpretación histórica, pues actúa como el ingrediente cultural de la relación de una sociedad con el medio natural en el que habita. Esta dimensión social, cultural e histórica del Espacio, cuyo resultado es el Paisaje, comporta un enfoque espacial alternativo que trasciende al espacio geométrico y matemático heredado del clasicismo.

A principios del siglo XX, paralelamente a la Geografía, florece una interesante variedad de investigaciones que también tienen como eje central el Espacio. En Sociología, destaca la *Escuela de Chicago*, que desde una perspectiva biológica (darwinista) adquiere como objetivo preferente analizar el modo en que se distribuyen espacialmente determinados fenómenos sociales; en concreto, se fijan en el urbanismo (BURGUESS, 1925; PARK, 1936). Décadas después, el sociólogo alemán E. CASSIRER (1971-1976) reivindica el “espacio de la percepción y la sensación”, y lo vincula con la conciencia y experiencia del sujeto. Por otra parte, H. LEFEBVRE (1974), desde un enfoque neo-marxista, construye profundas reflexiones acerca del “espacio social”, al que identifica como el resultado de un proceso vinculado con el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes en cada momento. Este autor entiende

el Espacio como un producto histórico de relaciones y formas sociales que transforman los ritmos del medio natural.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la dimensión paisajística del Espacio se convierte en objeto de estudio de numerosas investigaciones, agrupadas en torno a importantes escuelas disciplinares. La *Geografía radical y humanista*, influenciada por la *Sociología urbana*, profundiza en las variables sociales y perceptivas que engloban las relaciones Hombre-Medio, resaltando el hecho de cómo la subjetivización de los espacios genera lugares que se constituyen como espacios de significación (ORTEGA VALCÁRCEL, 2000: 301-307). Por otro lado, desde la *Arquitectura del paisaje* se define a éste como un espacio o colección de espacios construidos por un grupo de gentes que modifican el medio ambiente para sobrevivir, crear un orden y producir una sociedad (JACKSON, 1995: 43). Por su parte, la *Ecología histórica* considera que el Paisaje está compuesto por una estructura histórico-social en permanente combinación con estructuras físico-naturales, de manera que el objetivo final de sus investigaciones se centra en ilustrar dicha dinámica (BERTRAND, 1978). En la *Antropología cultural* los análisis paisajísticos se elaboran en términos de identidad y contestación social y, para ello, desarrollan el concepto de «etnopaisajes», que hace referencia al lugar dinámico donde las comunidades despliegan sus mapas cognitivos. Éstos están fundamentados en percepciones, experiencias, recuerdos, imaginaciones y, también, en la fabricación de significados (FRAKE, 1961; STURTEVANT, 1964). En conclusión, esta escuela antropológica considera que el Paisaje en los “pueblos primitivos” es un recurso que sirve para mantener viva la memoria y las tradiciones de su Pueblo.

Finalmente, en este itinerario histórico también debemos incluir a la *Ecología cultural* (STEWART, 1937, 1955; CLARK, 1939), pues, aunque centra su atención en la dimensión económica de la ocupación del Espacio, toca tangencialmente el tema del Paisaje, en tanto en cuanto toma prestados varios elementos de la *Geografía cultural* (MURPHY, 1977). Como tendremos oportunidad de explicar a continuación, en la segunda mitad del siglo XX, sucesivas escuelas antropológicas y arqueológicas han seguido profundizando en las

líneas de investigación abiertas por la *Ecología cultural*. Todas ellas han partido de una concepción euclidiana del Espacio, han entendido la relación Hombre-Naturaleza en clave adaptativa y han planteado una sociedad y cultura modelada por los avatares medioambientales.

Es cierto que este no es el mejor sustrato para ver brotar investigaciones de corte paisajístico, aunque resultó ser una buena oportunidad para –desde la *Nueva Arqueología*– elaborar interesantes análisis espaciales en los que rastrear minuciosamente la dimensión económica del Espacio y, también, diseñar novedosos métodos para hacerlo. En las últimas décadas, esta corriente procesual (reformada) ha tomado un nuevo itinerario y ha empezado a conceptualizar “los procesos socio-culturales como fenómenos multifactoriales complejos” (SÁNCHEZ YUSTOS, 2009: 165).

De esta manera, desde algunas corrientes arqueológicas, como la *Arqueología evolutiva* (LANATA, 1995), la *Arqueogeografía* (DE CARLOS, 1992) o la *Ecología ocupacional* (ANSCHUETZ et al., 2001), se está enfatizando la dimensión económica del Paisaje. Con este giro, en la denominada *Arqueología del paisaje* ha varado la dimensión económica (materialista) del Paisaje, que contrasta con la dimensión idealista (simbólica) sobre la que inicialmente se construye esta escuela arqueológica. Por un lado, este cruce de identidades encontradas ha supuesto para la *Arqueología del paisaje* una cierta indeterminación cómo disciplina (ORTEGA, 1998: 33); mientras que por el otro, ha significado (como defendemos es el presente texto) una perfecta oportunidad para reivindicar una reconfiguración disciplinar.

2.- EL PAISAJE COMO OBJETO DE ESTUDIO EN ARQUEOLOGÍA

La denominada *Arqueología el Paisaje*, caracterizada por el estudio de las sociedades antiguas desde su espacialidad (OREJAS et al., 2002: 306), se ha convertido en un escenario donde se han cruzado las dos vigas maestras que sostienen los fundamentos teóricos de la Arqueología (Materialismo e Idealismo) (TRIGGER, 1992). En su seno ha cristalizado una gran variedad de enfoques teóricos dispares que, a su vez, ha generado serias imprecisiones termi-

nológicas y metodológicas (ANSCHUETZ et al., 2001: 158). Esta aparente falta de método y campo de conocimiento propio, ha favorecido que se ponga en duda la integridad de la *Arqueología del paisaje* como un área de conocimiento singular (ORTEGA, 1998: 33). Dejamos para más adelante este tema y pasamos a detenernos, con cierta profundidad, en las principales propuestas paisajísticas presentes en la arqueología. Antes, es conveniente aclarar qué entendemos por Paisaje, independientemente del gravamen teórico que se le quiera atribuir.

Según lo comentado, la historia de este término en las Ciencias Sociales nos conduce hacia una dimensión conceptual que, en primer lugar, lleva implícita la existencia de un sujeto observador y un objeto observado del que fundamentalmente se destacan sus cualidades visuales y espaciales. Este objeto observado (Paisaje) es entendido como un espacio culturalizado que vincula al hombre con el entorno natural a través del tiempo.

Actualmente, la mayoría de arqueólogos coincidimos en definir el Paisaje como una construcción histórico-cultural que se identifica con las formas específicas (sincrónicas y diacrónicas) de contemplar, comprender, organizar y utilizar los escenarios de acción activados durante las relaciones sociales. En consecuencia, es susceptible de estudio y se ha convertido en una parte más del registro arqueológico. Junto con otros autores (CRIADO BOADO y VILLOCH VÁZQUEZ, 1998: 64; OREJAS et al., 2002), entendemos que su estudio en clave socio-cultural implica tener en consideración todas sus dimensiones y espesor histórico.

Cada dimensión del Paisaje ilustra el modo en que los individuos definen, moldean y utilizan el espacio en cada tiempo concreto. En términos generales, se pueden establecer dos dimensiones dentro del campo de actuación de los estudios paisajísticos en arqueología: el simbólico y el económico. Algunos investigadores, en elaboradas trabajos teóricos presentan otras denominaciones y hacen más distinciones (ANSCHUETZ et al., 2001; URIARTE, 1998; CRIADO BOADO, 1999; OREJAS et al., 2002). En nuestro caso nos decantamos por esta terminología pues creemos que refleja muy bien la tensión teórica que mantiene el *procesualismo* y el *posprocesualismo* dentro de la propia *Arqueología del paisaje*.

Durante su primera década, la Arqueología del paisaje se construye únicamente sobre la dimensión simbólica, esto es, por los arqueólogos posprocesuales. Para CRIADO BOADO (*ibídem*: 6) gran parte de los problemas que persiguen a la *Arqueología del paisaje* “derivan de haberse centrado de forma exclusiva en una de esas orientaciones y haber elegido una sola de esas dimensiones como representación de la globalidad del paisaje. Con la reciente incorporación de enfoques procesuales, la dimensión económica ha adquirido una cierta relevancia en los estudios sobre paisajes arqueológicos.

2.1.- La dimensión económica del Paisaje

Hablar de la dimensión económica del Paisaje significa hacerlo bajo una perspectiva ecológica y funcionalista, con multitud de relaciones y toda una serie de factores que son capaces de comunicar una visión holística de significados y contextos. El ecosistema se convierte aquí en el macro-escenario de inter-acción entre la sociedad y el medio natural. En este centro de operaciones, la *oikonomia* es el proceso regulador de la subsistencia y la tecnología su brazo armado.

La dimensión económica del paisaje trata de documentar, organizar y estructurar, sincrónica, diacrónica y funcionalmente, los escenarios de acción donde se han operado las actividades de subsistencia. Esta perspectiva espacial es el gozne a partir del cual estos estudios enlazan la *Paleoecología humana* con la *Arqueología del paisaje*. Tanto en Antropología como en Arqueología, el enfoque ecológico, con una extensa difusión espacial y territorial, tiene un largo recorrido.

A principios del siglo XX, cuando el «determinismo ambiental» gana fuerza con la figura de HUNTINGTON (1915, 1924), la arqueología británica se interesa por localizar con precisión los fenómenos arqueológicos, y crea los famosos “mapas de distribución”, aportando así explicaciones –en clave geográfica– sobre la distribución de los yacimientos (CRAWFORD, 1923; FOX, 1923). Tras estos primeros estudios de distribución aparecen los trabajos pioneros de STEWARD (1937, 1938, 1950, 1955 y 1970) y CLARK (1939), que abren la puerta a la *Ecología cultural*, en cuyo seno aparecen las primeras investigaciones arqueológicas sobre patrones de asentamiento a nivel regional.

La *Arqueología de los asentamientos* arranca con las exploraciones de WILLEY (1953) en el valle peruano de Virú, en donde lleva a cabo una prospección encaminada a la detección de los modelos de asentamiento operados en dicho valle. Este análisis espacial “proporciona una clave para la reconstrucción de los sistemas ecológicos, culturales y sociales” (WILLEY, 1973: 270). Con sus investigaciones, este arqueólogo contribuye decisivamente al desarrollo de una metodología novedosa y a una interpretación braudeliana (*longue durée*) de los procesos socio-culturales.

A partir de la década de los sesenta, los fundamentos intelectuales de las investigaciones sobre patrones de asentamiento evolucionan en el seno de la *Nueva Arqueología*, que por aquel entonces se encuentra en proceso de asimilación y expansión de contenidos (CALDWELL, 1959; BINFORD, 1962, 1965, 1967 y 1968). El giro científico y funcional que propone este enfoque se ciñe a la perspectiva ecológica de la cultura. El hombre es entendido como una parte integrante del sistema natural, por lo que la cultura hace de gozne (adaptativo) entre ambos dominios. Gracias a la adopción de la «Teoría general de los sistemas» (BERTALANFFY, 1976) se pone de relieve la naturaleza sistémica de las relaciones del hombre con la naturaleza, por lo que el comportamiento humano se vincula directamente con las situaciones ambientales.

Bajo la vocación neopositivista que en un principio adopta esta perspectiva, se asiste a una verdadera revolución teórico-metodológica en los estudios espaciales. Los arqueólogos, influidos por las nuevas corrientes cuantitativas de la Geografía británica (OREJAS, 1995: 46,51), abandonan la mera documentación descriptiva de las distribuciones espaciales y de las jerarquías orgánicas regionales, y provocan una tormenta metodológica que se plasma en propuestas como: la Teoría del Alcance Medio, la Teoría del Forrajeo Óptimo, la Teoría del Lugar Central, Análisis de Captación de Recursos y los polígonos Thiessen (podemos encontrar un resumen de todas estas estrategias procesuales de análisis espacial en GARCÍA SANJUÁN, 2005: 200-234). La sistematización matemática y estadística que proporciona todo este cuerpo protocolar está destinada a calibrar con precisión (científica) las relaciones espaciales del registro arqueológico.

El interés que muestran los arqueólogos procesuales por la estructura espacial del registro, desemboca en lo que CLARKE (1977) denomina *Arqueología espacial*. Su nacimiento está ligado con el protagonismo que cobran en Geografía los elementos de cuantificación y métodos de análisis localizacional. El mejor ejemplo de esta relación lo podemos observar en el título de la publicación de CLAKE: "*Models in Archaeology*" (1972), inspirado claramente de la obra de los geógrafos CHORLEY y HAGGET: "*Models in Geography*" (1967).

La *Arqueología espacial* aparece como un campo de la arqueología procesual británica que estudia sistemáticamente las relaciones humanas en el espacio a través de la distribución de materiales y yacimientos. Para ello establece tres escalas analíticas: *micro*, *semi-micro* y *macro* (CLARKE, 1977). El tipo de investigaciones que desarrolla parte de la premisa de que el análisis de las diferentes unidades topográficas y la distribución de los restos materiales posibilita la elaboración de inferencias de índole socio-económica.

En el marco de los estudios macro-espaciales, la prospección se convierte en una estrategia metodológica imprescindible (COE, 1967; SANDERS, 1965). Asimismo, los yacimientos se conceptualizan como células integrantes de un tejido mayor, insertas en una red en la que cada localización desempeña un papel diferente y complementario (LEARCH, 1954; BINFORD, 1964; STRUEVER, 1968). El objetivo de trascender los límites tradicionales de la noción de yacimiento, a la hora de interpretar la documentación arqueológica, impulsa el desarrollo de los enfoques *off-site* (DUNNELL, 1992; DUNNELL y DANCY, 1983; EBERT, 1992; FOLEY, 1981; ISAAC, 1981; THOMAS, D. 1975). El objetivo final de estos trabajos distribucionales es acceder a la información de las estrategias de movilidad y selección y uso del espacio mediante el reconocimiento de las pautas de desecho de los objetos arqueológicos a lo largo de un paisaje.

Por regla general, todas estas aproximaciones procesuales a los sistemas de asentamiento presentan un acusado énfasis infraestructural, ya que tienen como objetivo final descifrar cómo la base material de la sociedad determina la estructura social, su desarrollo y cambio. Así, se fijan en la interdependencia dinámica que existe entre las estructuras tecnológicas, el tejido socio-cultural y

el sustrato natural en el que estos sistemas se desarrollan.

Con el paso de las décadas y una vez que el Paisaje se integra en la hoja de ruta del programa posprocesual, los arqueólogos procesuales empiezan a reconocer que la antropización del espacio conlleva algo más que la modificación física del entorno natural; y por tanto, también, implica patrones comportamentales relacionados con dimensiones sociales e ideológicas (DEETZ, 1990: 2). De este modo, el Paisaje se convierte en objeto de interés dentro de los estudios procesuales de corte paleoecológico. Así, por ejemplo, desde una de las líneas de la *Arqueología evolutiva* se introduce el concepto de "Paisaje arqueológico" en un contexto de consideraciones de orden tecno-económico-territorial (LANATA, 1995).

Recientemente, dentro de los estudios de los sistemas de asentamiento ha aparecido la *Ecología ocupacional*, término acuñado por G. D. STONE (1996) y precisado por K. F. ANSCHUETZ y colaboradores (2001). Su área de actuación, como el de la *Arqueogeografía* (DE CARLOS, 1992), es el estudio de las pautas diacrónicas de selección, uso y transformación del espacio mediante el establecimiento de asentamientos de distinto orden de complejidad dentro de un territorio determinado. Estos enfoques con eminente vocación paisajística, se marcan como objetivo principal la individualización y datación de las «dinámicas ocupacionales» dentro de un espacio geográfico concreto. Esta labor de individualización se fundamenta en las diferencias cualitativas referentes a las estrategias de subsistencia, cuya visualización permite comprender la estructura y organización de los grupos a través de sus lugares de actuación (económica) en el Paisaje, que es entendido como el resultado –en clave cultural– de la relación del hombre con la naturaleza.

Por otra parte, la dimensión económica del Paisaje también guarda una importante relación con los estudios sobre la organización de la explotación agraria, principalmente, centrados en la Edad Antigua (Roma), aunque también cubre momentos anteriores (hasta el neolítico). En estas investigaciones sobre la morfología de los espacios agrarios se abordan cuestiones tan diversas como: las estructuras de explotación, los elementos de delimitación y la articulación interna o externa de los territorios (OREJAS *et al.*, 2002: 287).

Tras lo expuesto, resulta evidente que el Paisaje tiene una importante dimensión económica que el *procesualismo* lleva décadas explorando. De hecho, hemos tenido oportunidad de comprobar cómo “el concepto de patrón de asentamiento descansa en unos principios básicos que generalmente son compatibles, hoy en día, con un paradigma de paisaje” (ANSCHUETZ *et al.*: 2001: 169).

Las últimas versiones procesuales, ciertamente, están siendo más interactivas con otras corrientes arqueológicas y en sus interpretaciones se han deshecho del *determinismo ambiental* que durante tanto tiempo les ha perseguido. Entienden la relación Hombre-Naturaleza como una determinación de doble sentido (interdependencia), por lo que se habla de un proceso coevolutivo entre ambas entidades (ANSCHUETZ *et al.*, 2001; MCGLADE, 1995, 1999). Aunque este tipo de estudios se centran en la relación (funcional) de los grupos humanos con el entorno natural, a través de las tecnologías de producción, cada vez más, están empezando a incorporar, en la medida de las posibilidades del registro, cuestiones relacionadas con la dimensión simbólica del Paisaje.

Sin embargo, en estos enfoques todavía es posible encontrar un cierto desajuste al intercambiar indiscriminadamente términos como Medioambiente y Paisaje, ignorando los valores biológicos (científicos) y estéticos (fenomenológicos) a los que cada uno de ellos hace referencia (ROGER, 2007). A pesar de que el Paisaje nunca puede ser reducido a un ecosistema, es necesario reconocer la importancia que tiene el Medioambiente como factor determinado y determinante en el proceso de construcción social del Paisaje (VICENT, 1998; VICENT *et al.*, 2000).

2.2.- La dimensión simbólica del Paisaje

Tal y como anunciamos anteriormente, el marco de actuación de la *Arqueología del paisaje* se ha centrado fundamentalmente en la dimensión simbólica. En la última década del siglo pasado, en la arqueología británica comienza a desarrollarse (desde distintas posiciones teóricas) el estudio de los Paisajes simbólicos (BARRETT, 1991; BRADLEY, 1993, 1998; DAVILL, 1997; HODDER, 1982, 1984; RICHARDS, 1990, 1996; TILLEY, 1994, 1996; THOMAS, 1993,

1996, 2002). Muchos de estos autores que analizan la acción social y sus lugares de actuación en el marco de los significados simbólicos, se inspiran en los geógrafos radicales y humanistas, críticos con la Geografía analítica (COSGROVE, 1985; DANIELS, 1989; TUAN, 1974); dado que entienden la cultura material como un producto de la acción social y del sistema de creencias, se apoyan en la «teoría de la estructuración» (GIDDENS, 1995) y en el concepto de «capital simbólico» (BOURDIEU, 1977). Desde aquí, enfatizan aspectos como la visibilidad, las pautas de racionalidad del paisaje o los elementos de cohesión e identidad cultural.

De este modo, desde sus orígenes, en la *Arqueología del paisaje* se generan diferentes énfasis teóricos que, por regla general, ponen el acento en el sustrato perceptivo del registro arqueológico y desarrollan planteamientos que profundizan en las relaciones sensoriales que mantienen los sujetos con un determinado lugar. Conceptualizar de esta forma el Espacio (experiencia espacial), obliga a que éste dependa de quién lo experimenta y de cómo lo hace. La labor del arqueólogo consiste, por tanto, en interpretar los códigos sociales que otorgan significación a una realidad física, como puede ser el Espacio. En consecuencia, gran parte de los presupuestos epistemológicos de esta propuesta se han orientado hacia la manera en que debe ser interpretada la dimensión simbólica del registro arqueológico. En esta labor hermenéutica de reconstruir el sentido, en la que THOMAS hace tanto hincapié (1993, 1996, 2002), CRIADO BOADO distingue entre los que: los que indagan en las estructuras sociales que orientan y determinan la percepción y aquellos que se centran en su dimensión subjetiva e individual (CRIADO BOADO, 1999: 7).

En concreto, la dimensión simbólica del paisaje se refiere al lado no visible, oculto e inmaterial de la matriz espacial de la cultura. Hablamos del entorno imaginado y pensado, construido figurativamente; de la domesticación simbólica de la naturaleza; del Paisaje más allá de su realidad física, como abstracción de diferentes significados que generan los *lugares* que lo conforman, es decir, Paisajes rituales y étnicos. Se trata de una realidad social históricamente construida, de un sistema de referencia y de una composición del mundo donde las diferentes actividades adquieren sentido.

Estos Paisajes simbólicos y mentales existen a través de los significados derivados de la relación entre los moradores y los lugares. Por tanto, como sugiere BENDER (1993: 3), están en constante construcción y reconstrucción, pues una misma realidad física puede concebirse de diversas formas y sentidos, de ahí que contengan un carácter polisémico, pudiendo ser un objeto, una experiencia o una representación. En último término, esta dimensión simbólica del paisaje carga de subjetivismos las evidencias espaciales, por lo que no pueden ser entendidas fuera del universo alegórico construido por los actores sociales que le dieron sentido (SOLER SEGURA, 2007: 53).

La determinación de los Paisajes étnicos se elabora mediante el reconocimiento de aquellos símbolos que expresan los límites étnicos o culturales basados en costumbres o formas de pensamiento y expresiones compartidas. Fue KROEBER (1939), con su concepto de «área cultural», el primer investigador en utilizar esta demarcación para señalar o recrear las identidades socio-culturales. Esta línea paisajística que enfatiza los elementos de cohesión de la identidad (étnica), se consagra a la elaboración de secuencias históricas culturales a través del rastreo de las distribuciones y frecuencias espaciales comparativas de ciertos rasgos de la cultura material. Recupera, por así decirlo, la versión idealista de la cultura material, propia de la Arqueología histórico-cultural, y entiende a ésta como un producto de la acción social y de las manifestaciones tangibles de los sistemas de creencias.

A partir de aquí, se considera que los Paisajes desempeñan funciones que trascienden las cuestiones meramente prácticas y de utilidad. Por consiguiente, se reconoce que las modificaciones hechas por los humanos, en el paisaje, tienen implicaciones más allá de los propios cambios físicos del entorno. Al mismo tiempo, se admite que la dimensión económica entre las personas y su ambiente no es tan trascendental en el cambio socio-cultural como en cambio lo son los factores internos de una sociedad.

Por otro lado, los Paisajes rituales (ceremoniales o sagrados), ampliamente tratados en la literatura posprocesual (entre otros: BENDER, 1992, 1993, 2001 y 2002; EDMONDS, 1999; THOMAS, 1993, 1998, 2002, 2003), son el resultado de aquellas acciones estereotipadas, actos específicos y secuencias de actos que presentan órde-

nes socialmente preceptuadas a través de las cuales los grupos definen, legitiman y mantienen la ocupación de un área. De esta forma, este enfoque es empleado para definir la dimensión simbólica de un Espacio en tanto su carácter ceremonial. Para ello, se raciman aquellos escenarios de acción que integran la matriz espacial de la acción simbólica (litúrgica) en un determinado contexto histórico-cultural y se enfatiza su visibilidad, a través de su monumentalización y ceremonialidad (en ámbito nacional es obligado citar: CRIADO BOADO, 1991, 1993a, 1993b, 1999; CRIADO BOADO y VILLOCH VÁZQUEZ, 1998; SANTOS ESTÉVEZ *et al.*, 1997)

La visibilidad se convierte en un argumento de peso por varios motivos. En primer lugar presupone una determinada actitud hacia el medio natural, operada desde la esfera subjetiva. Además, surge de la intervención del proceso de conceptualización de la realidad, lo que implica que las distintas configuraciones que se realizan a nivel espacial responden a procesos de construcción del Paisaje social que pueden ser analizados. Asimismo, las condiciones de visibilidad de la acción social son el reflejo de la actitud ante el entorno y de la forma de concebir la relación entre sociedad y naturaleza. La significación de dicha acción se construye sobre la intención de ser enfatizada u ocultada. El contexto social determina qué rasgos de un grupo se hacen visibles o invisibles. Consiguientemente, una determinada estrategia de visibilización presupone un deseo de exhibir o encubrir la acción social.

El mejor ejemplo de estas transformaciones, que se consolidan con el modo de vida campesino, son el megalitismo y las manifestaciones de arte rupestre. No es de extrañar, por tanto, que el marco de actuación de la dimensión simbólica de la *Arqueología del paisaje* se haya ceñido, fundamentalmente, al periodo que transcurre entre el Neolítico a la Edad del Bronce. No obstante, a partir fuentes escritas, existen trabajos de esa índole centrados en los mitos geográficos del mundo antiguo (PLÁCIDO, 1987-88 y 1995-1996).

Sin embargo, desde esta perspectiva la *Arqueología del paisaje* apenas se ha ocupado de los grupos de cazadores-recolectores, ya que su cosmogonía todavía no se ha dislocado de la naturaleza y goza de una cosmología de orden natural manifiesta en monumentos salvajes, “invisibles” para el espectador del presente. No obs-

tante, existen varios trabajos en los que se trata la singular percepción que mantienen los grupos no productores en relación con la naturaleza, el tiempo y el espacio, lo que se traduce en formas diferentes de construir el Paisaje y la realidad social de estos grupos en comparación con las comunidades campesinas vecinas (INGOLD, 1996, 2005; HERNANDO, 2002).

La acentuación de esta cualidad (la visibilidad) otorga a la cultura material una trascendencia significativa, cuya elaboración primigenia corre a cargo de sus creadores. De hecho, se considera que en la voluntad de visibilidad se halla la morfología medular de la significación del registro material. Así, se compara la cultura material con un texto, comprendido a través de la lectura, lo que no deja de ser un acto interpretativo. Sin embargo, en este texto que es la cultura material –según los *posprocesuales*– gran parte de los signos pretéritos están ausentes, por lo que nunca se accede al sentido original y únicamente puede ser leído/interpretado desde una instancia externa a la racionalidad que lo escribe (no hay significado pretérito sin sujeto presente).

De este modo, la dimensión simbólica del paisaje es de orden fenomenológico y hermenéutico. Nos remite a la conciencia perceptiva y a la experiencia sensorial de la vida en el Paisaje, así como a la extensión litúrgica de los elementos físicos del entorno. Estos Paisajes del mito son poblados por cuerpos semióticos que dan vida al espacio, al tiempo que encarnan y narran la memoria colectiva y la temporalidad genealógica y mítica. En suma, son auténticos “mapas mentales” para saber guiarse en el mundo y en el inframundo.

Por todas estas posibilidades que ofrece la dimensión simbólica del Paisaje, ésta se convierte en uno de los contenidos sobre los que se cimienta gran parte de las estrategias metodológicas de la *Arqueología posprocesual*. Su epistemología relativista, perfectamente enmarcada dentro de la crítica a la Modernidad que se lanza desde el *posmodernismo*, se muestra abiertamente hostil con la arqueología cientifista, analítica, funcional y distribucional que despliega el *procesualismo* (MILLER y TILLEY, 1984; SHANKS y TILLEY, 1987, 1992). Pretende, por tanto, corregir y superar su extensión fisiográfica y adaptativa, así como sus excesos materialistas, propios del determinismo infraestructural, arrinconando de esta manera la extensión económica de los

fenómenos socio-culturales. De tal forma, en este primer momento, se proscriben los conceptos pilotes que vertebran la dimensión económica del espacio (como territorio y adaptación), pues se considera que forman parte de una lógica de mercado basada en la relación coste-beneficio, que poco o nada tiene que ver con la mayoría de las sociedades conocidas etnográficamente.

3.- EL PAISAJE COMO DIMENSIÓN PARADIGMÁTICA EN ARQUEOLOGÍA

En Arqueología, la perspectiva paisajista ha resultado ser muy útil para explicar el pasado de la humanidad gracias a su capacidad de reconocimiento y evaluación de las dinámicas e interdependencias que los grupos humanos mantienen con las dimensiones físicas, sensoriales y socio-culturales del Espacio que habitan. Su facultad de aglutinar diferentes escenarios de acción habilita a esta perspectiva para la difícil tarea de resolver los principales problemas a los que se enfrenta la Arqueología: la variabilidad espacio/temporal del registro y las dinámicas de cambio cultural.

A lo largo de estas páginas hemos tenido oportunidad de comprobar cómo, invariablemente, el concepto de Paisaje implica la asociación de dos elementos: el Espacio y la Percepción (BUREL y BAUDRY, 2002:41). El Espacio nos conduce hacia la dimensión física, material y económica del Paisaje; y la Percepción, hacia su dimensión sensorial, ideal y simbólica. En consecuencia, en torno al concepto de Paisaje el *procesualismo* y *posprocesualismo* han cruzado sus respectivas filosofías de la ciencia. La primera escuela arqueológica, relacionada con el neopositivismo y el realismo (WYLIE, 2002), ha empleado una metodología científica que ha puesto de relieve el dominio funcional y material del Espacio; mientras que la segunda, adscrita al credo posmoderno antipositivista y relativista, ha hecho de la hermenéutica la herramienta fundamental para la descodificación de los sentidos simbólicos conferidos a la matriz espacial del registro arqueológico.

Así las cosas, es evidente que la *Arqueología del paisaje* va “más allá de los intereses metodológicos de la arqueología procesual y de la etnografía de la arqueología posprocesual de finales del siglo veinte” (ANSCHUETZ *et al.*, 2001: 176 –según WHITLEY, 1992: 76-77; KNAPP, 1996:

147). De hecho, está demostrando un asombroso potencial para acomodar en su haber diferentes epistemologías y métodos, todo ello aglutinado en ingeniosas aproximaciones interdisciplinares (OREJAS et al., 2002: 303). Realmente, el estudio integral de las diferentes dimensiones que ofrece el Paisaje, reivindicado hace más de una década por autores como F. CRIADO (1999), ha convertido al paisaje en una dimensión paradigmática dentro del campo de la Arqueología.

Hablar del Paisaje como una dimensión paradigmática no significa proponer a éste como un paradigma científico en sí mismo. Más bien nos referimos a cómo en torno a esta categoría de análisis se están diseñando programas de investigación que combinan diferentes enfoques teórico-metodológicos (incluso contrapuestos) que proporcionan explicaciones holísticas, más comprensivas, de cómo las personas y las sociedades del pasado han dado forma al Espacio. Esta actividad integradora sitúa a la *Arqueología del Paisaje* en la órbita de aquellas propuestas teóricas, como la *Arqueología simétrica* (ver COMPLUTUM Vol. 18), que reivindica la integración de los dualismos. En última instancia, esta dimensión paradigmática a la que nos referimos, hace alusión a un reconfiguración disciplinar que entiende la Arqueología como una práctica constructora de un “saber-crítico” sobre el pasado que explora sus múltiples dimensiones (ANSCHUETZ et al., 2001; CRIADO BOADO, 2006; MCGLADE, 1999).

Llegados a este punto se hace evidente que el sentido conferido a este texto, más que volver a presentar a la *Arqueología del Paisaje*, consiste en situar el Paisaje como una categoría de análisis (en cuyo seno se armonizan enfoques encontrados) que nos enseña que “otra Arqueología es posible”. Reivindicamos así una construcción del conocimiento del pasado elaborada a partir de diferentes comunidades interpretativas, ya que la interacción de diferentes epistemologías y métodos estimula nuestra capacidad de responder a un espectro de preguntas cada vez mayor. En este sentido, la clave del éxito de un modelo de “investigación participativa”, según explica M. GIBBONS y colaboradores (1997), consiste en diseñar estrategias transdisciplinares, complejas y dinámicas a la hora de abordar cuestiones particulares.

Fundamentar la construcción del conocimiento del pasado sobre la complejidad que surge de

armonizar diferentes epistemologías y estrategias de trabajo, por un lado permite contrastar intersubjetividades con datos objetivos (y viceversa) y admitir que las causas de variabilidad en el registro no son exclusivamente culturales o naturales; y por el otro, desarrollar un modelo interpretativo que no esté presidido tiránicamente por la ciencia positiva o por la oscuridad del relativismo.

Ya para finalizar, el anhelo de un conocimiento integral del pasado aconseja introducir del término «Arqueosofía», en tanto en cuanto hace referencia “al Saber –en sentido amplio– sobre el pasado” (SÁNCHEZ YUSTOS, 2009: 282). En concreto, se refiere a un conocimiento fluido cuya eficacia reside en deslocalizar teórica, metodológica y disciplinarmente su producción. El omnivorismo intelectual del que hace gala este concepto, que permite fusionar en su seno cualquier racionalidad lógica y coherente, hace de éste un Saber acumulativo, complejo y dinámico. Por tanto, no es un término designado al almacenaje de toda discusión filosófica sobre la naturaleza del conocimiento arqueológico, aunque ahí está su origen; sino que se trata de un marco epistemológico (pospositivo y multivocal) que suscita el dialogo entre opuestos y estimula la expansión de los márgenes de nuestro “Saber-del-pasado”.

4- BIBLIOGRAFÍA

- ANSCHUETZS, K., WILSHUSEN, R. y SCHEICK, CH.
2001 An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions. *Journal of Archaeological Research* 9(2): 152-197.
- BARRETT, J.C.
1991 Towards an archaeology of ritual. En P. Garwood, D. Jennings, R. Skeates y J. Toms (eds.): *Sacred and profane*. Oxford University Committee for Archaeology, Oxford: 1-9.
- BENDER, B.
1992 Theorising Landscape, and the prehistoric Landscape of Stonehenge. *Man* 27: 735-755
1993 Landscape-Meaning and action. En B. Bender (ed.): *Landscape. Politics and perspectives*. Berg, Oxford.
2001 Landscapes on-the-move. *Journal of Social Archaeology* 1(1): 75-89.
2002 Time and Landscapes. *Current Anthropology* 43: 103-112.
- BERTANLAFFLY, L.V.
1976 *Teoría general de los sistemas. Fundamentos, desarrollo, aplicaciones*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.

- BERTRAND, G.
1978 Le paysage entre la natura et la société. *Revue Géographique des Pyrénées et du sud Ouest* 49: 239-258.
- BINFORD, L.
1962 Archaeology as Anthropology. *American Antiquity* 11: 198-200.
1964 A consideration of archaeological research design. *American Antiquity* 29: 425-441.
1965 Archaeological systematics and the study of culture process. *American Antiquity* 31: 203-210.
1967 Smudge pits and hide smoking: the use of analogy in archaeological reasoning. *American Antiquity* 32(1): 425-441.
1968 Some comments on historical versus processual archaeology. *Southwestern Journal of Anthropology* 24(3): 267-275.
- BOURDIEU, P.
1977 *Outline of a theory of practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- BRADLEY, R.
1993 *Altering the Earth. The origins of Monuments in Britain and Ancient Europe*. Society of Antiquaries of Scotland, Edinburgh.
1998 *The significance of monuments: on the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge, London.
- BUREL, F. y BAUDRY, J.
2002 *Ecología del paisaje*. Mundi-Prensa, Madrid.
- BURGESS, E. W.
1925 The Growth of the City: An introduction to a Research Project. En R. E. Park, E. W. Burgess y R. D. Mckenzie (eds.): *The City*. University of Chicago Press, Chicago.
- CALDWELL, J.R.
1959 The New American Archaeology. *Science* 129: 303-307.
- CASSIRER, E.
1971-1976 *Filosofía de las formas simbólicas*. Fondo Cultura Económico, México.
- CHORLEY, R. y HAGGET, P.
1967 *Models in Geography*. Methuen, Londres.
- CLARK, J. G. D.
1939 *Archaeology and Society*. Methuen, Londres.
- CLARKE, D.
1972 *Models in archaeology*. Methuen, Londres.
1977 *Spatial Archaeology*. Methuen, Londres.
- COE, W.R.
1967 *Tikal: A handbook of the ancient Maya Ruins*. University Museum, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- COSGROVE, D.E.
1985 Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea. *Transactions of the Institute of British Geographers* 10: 45-62.
- CRIADO BOADO, F.
1991 Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana* 24: 7-29.
1993a Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.
1993b Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje. *Spal* 2: 9-55.
1996 El futuro de la Arqueología, ¿la Arqueología del futuro? *Trabajos de Prehistoria* 53: 15-35.
1999 Del Terreno al Espacio: Planteamiento y perspectivas para la Arqueología del paisaje. *CAPA, Criterios y convenciones en Arqueología del Paisaje* 6: 1-82.
2006 ¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad? Sobre arqueología e interpretación. *Complutum* 17: 247-253.
- CRIADO BOADO, F. y VILLOCH VÁZQUEZ, V.
1998 La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalitismo de la Sierra de Barbanza. *Trabajos de Prehistoria* 55: 63-80.
- CRAWFORD, O. G. S.
1923 Air survey and archaeology. *Geographical Journal* 61: 342-360.
- DANIELS, S.
1989 Marxism, culture and the duplicity of landscape. En R. Peet y N. Thrift (eds.): *New models in Geography: The political-Economy Perspective*. Unwin-Hyman, London: 196-220.
- DARVILL, T.
1997 Neolithic landscapes: Identity and definition". En D.E. Topping (ed.): *The Iconography of landscape. Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*. Cambridge University Press, Cambridge.
- DE CARLOS, J.
1992 *La Arqueogeografía: un procedimiento para el estudio del espacio prehistórico*. Universidad Complutense, Madrid.
- DEETZ, J.
1990 Landscapes as cultural statements. En W.M. Kelso y R. Most (eds.): *Earth patterns: Essays in Landscape Archaeology*. University of Virginia, Charlottesville and London: 2-4
- DUNNELL, R.C.
1992 The notion site. En J. Rossignol y L. Wandsnider (eds.): *Space, Time and Archaeological landscapes*. Plenum Press, New York: 21-41.
- DUNNELL, R. y DANCEY, W.
1983 The siteless survey. A regional scale data collection strategy. *Advances in Archaeology Method and Theory* 6: 267-287.

- EBERT, J.
1992 *Distributional archaeology*. Nuevo México University Press, Albuquerque.
- EDMONDS, M.
1999 *Ancestral Geographies of the Neolithic: Landscapes, monuments and memory*. Routledge, London.
- FOLEY, R.
1981 Off-site archaeology. An alternative approach of the short-sited. En G. Isaac, Hammond y Hodder (eds.): *Pattern of the past. Studies in honour of David Clarke*. Cambridge University Press, Cambridge: 157-183.
- FOX, C.
1923 *The Archaeology of the Cambridge Region*. Cambridge University Press, Cambridge.
- FRAKE, C.
1961 The diagnosis of disease among the subanun of Mindanao. *American Anthropologist* 63: 113-132.
- GARCÍA SANJUÁN, L.
2005 *Introducción al reconocimiento y análisis arqueológico del territorio*. Ariel, Barcelona.
- GIDDENS, A.
1995 *La constitución de la sociedad. Bases para la Teoría de las Estructuración*. Amorrortu, Buenos Aires.
- GIBBONS, M.; LIMOGES, C.; NOWOTNY, H.; SCHAWARTZMAN S.; SCOTT, P. y TROW, M.
1997 *La nueva producción del conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas*. Pomares, Barcelona.
- HERNANDO, A.
2002 *Arqueología de la identidad*. Akal, Madrid.
- HODDER, I.
1982 *Symbols in action. Ethnoarchaeological studies of material culture*. Cambridge University Press, Cambridge.
1984 Burials, houses, women and men in the European Neolithic. En D. Miller y C. Tilley: *Ideology, Power and Prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge: 51-58.
- HUNTINGTON, E.
1915 *Civilization and climate*. Yale University Press, New Haven.
1924 *The character of races as influenced by physical environment, natural selection and historical development*. Ch. Scribner's, New York.
- INGOLD, T.
1996 Hunting and gathering as ways of perceiving the environment. En R. Ellen y K. Fukui (eds.): *Redefining nature: ecology, culture and domestication*. Berg, Oxford.
2005 *The perception of the environment*. Routledge, Londres.
- ISAAC, G.
1981 Stone age visiting cards: approaches to the study of early land use patterns. En Hodder, Isaac y Hammond (eds.): *Pattern of the Past. Studies in honor of David Clarke*. Cambridge University Press, Cambridge: 131-156.
- JACKSON, G.A.
1995 In search of the proto-landscape. En G.F. Thompson (ed.): *Landscape in America*. University of Texas Press, Austin: 43-50.
- KNAPP, A.
1996 Archaeology without gravity: postmodernism and the past. *Journal of Anthropological Method and Theory* 2: 127-158.
- KROEBER, A.
1939 *Cultural and natural areas of native north America*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 38.
- LANATA, J.
1995 *Paisajes Arqueológicos y propiedades del registro en el Sudeste Fueguino*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- LEARCH, E.
1954 *Political Systems of Highland Burma; a study of Kachin social structure*. Cambridge University Press, Cambridge.
- LEFEBVRE, H.
1974 *La producción de l'espace*. Anthropos, Paris.
- McGLADE, J.
1995 Archaeology and the ecodynamics of human-modified landscapes. *Antiquity* 69: 113-132.
1999 Arqueología, dinámica no lineal y discurso histórico. *Trabajos de Prehistoria* 56(2): 5-18.
- MILLER, D. y TILLER, C.
1984 *Ideology, Power and Prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge.
- MURPHY, R.
1977 Introducción: The anthropological theories of Julian H. Steward. En J. A. Steward y R. F. Steward (eds.): *Evolution and ecology*. University of Chicago, Chicago: 1-39.
- OREJAS, A.
1995 *Del marco geográfico a la arqueología del paisaje. Las aportaciones de la fotografía aérea*. Monografías CSIC, Madrid.
- OREJAS, A.; RUÍZ DEL MORO, M^º y LÓPEZ JIMÉNEZ, O.
2002 Los registros del paisaje en la investigación arqueológica. *AEspA* 75: 287-311.
- ORTEGA, J. M.
1998 De la arqueología espacial a la arqueología del paisaje: ¿es Annales la solución? *Arqueología Espacial* 19-20: 33-51.

- ORTEGA VALCÁRCCEL, J.
2000 *Los horizontes de la geografía. Teoría de la Geografía*. Ariel, Barcelona.
- PARK, R.
1936 Human Ecology. *American Journal of Sociology* 42: 3-49.
- PLÁCIDO, D.
1987-1988 Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano. *Habis*, 18-19: 243-256.
1987-1988 La imagen simbólica de la Península Ibérica en la Antigüedad. *Studia Historica, Historia Antigua*, 13-14: 21-35.
- RICHARDS, J.
1990 *The Stonehenge Environs Project*. English Heritage, London.
1996 Henges and water: toward an elemental understanding of monumentality and land scape in late Neolithic Europe. *Journal of Material Culture* 1 : 313-336
- ROGER, A.
2007 *Breve tratado del paisaje*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- SANDERS, W.
1965 *The cultural ecology of the Teotihuacan Valley: A preliminary report of the results of the Teotihuacan Valley Project*. Manuscript on file, Department of Anthropology, Pennsylvania State University, University Park.
- SÁNCHEZ YUSTOS, P.
2009 *El Paleolítico antiguo en la Cuenca del Duero. Instrumentos teóricos para el desarrollo de un modelo interpretativo de Arqueología económica*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- SANTOS ESTÉVEZ, M., PARCERO OUBIÑA C. y CRIADO BOADO, F.
1997 De la arqueología simbólica del paisaje a la arqueología de los paisajes sagrados. *Trabajos de Prehistoria* 54(2): 61-80.
- SAUER, C.
1971 *Cultural Geography*. En P. Wagner y M. Mikesell (eds.): *Readings in Cultural Geography*: 30-34.
- SHANKS, M. y TILLEY, C.
1987 *Social theory and archaeology*. Polity Press, Oxford.
1992 *Re-constructing Archaeology: theory and practice*. Routledge, London.
- SOLER SEGURA, J.
2007 Redefiniendo el registro material. Implicaciones recientes desde la Arqueología del Paisaje anglosajona. *Trabajos de Prehistoria* 64(1): 41-64.
- STEWART, J.
1937 Ecological aspects of southwestern society. *Antropos* 32: 87-104.
- 1938 *Basin-Plateau aboriginal sociopolitical groups*. Smithsonian Institution, Washington.
1950 Area Research. Theory and practice. *Social Science Research Council Bulletin* 63: 1-164.
1955 *Theory of cultural Change. The methodology of multilineal evolution*. University of Illinois Press, Urbana.
1970 The foundations of Basin-Plateau Shoshonean society. En E. Swanson (ed.): *Languages and cultures of western North America: essays in honour of Sven S. Liffeland*. Idaho State University, Idaho: 113-151.
- STONE, G.
1996 *Settlement Ecology: the social and spatial organization of Kofyar agriculture*. University of Arizona Press, Tucson.
- STRUEVER, S.
1968 *Evolution and Subsistence in the Interior-Riverine Area of Eastern United States*. Congreso Anual de American Anthropological Association, New Orleans.
- STUTERVANT, A.
1964 Studies in Ethnoscience. En K. Romney y R. D'Andrade (eds.): *Transcultural studies in cognition*. *American Anthropologist*. 66(3): 99-131.
- TILLEY, C.
1990 *Reading material culture. Structuralism. Hermeneutics and post-structuralism*. Blackwell, Oxford.
1994 *A phenomenology of landscape: places, paths and monuments*. Berg, Oxford.
1996 The powers of rocks: topography and monument construction on Bodmin Moor. *World Archaeology* 28(2): 161-176.
- TRIGGER, B.
1992 *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Editorial Crítica.
- THOMAS, D.
1975 Nonsite sampling in archaeology: up the creek without site? En Meuller (ed.): *Archaeological sampling*. Tucson: 61-81.
- THOMAS, J.
1993 The politics of Vision and the Archaeologies of Landscapes: En B. Bender (ed.): *Landscapes. Politics and Perspectives*. Berg Publishers, Oxford.
1996 *Time. Culture. And identity*. Routledge, London.
2002 Archaeologies of place and landscape. En I. Hodder (ed.): *Archaeological theory today*. Polity, Cambridge.
2003 *Understanding the Neolithic. A revised second edition of Rethinking the Neolithic*. Routledge, London.
- TUAN, Y.F.
1974 Space and Place: Humanistic Perspective. *Progress in Geography* 6: 211-252.
- URIARTE, F.
1998 La Arqueología del Paisaje en España: un caso abierto. *ArqueoWeb* 0.

VICENT, J.

- 1998 Entornos. *Arqueología del paisaje. 5º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial, Arqueología Espacial, 19-20*: 165-168.

VICENT, J.; RODRÍGUEZ, A.; LÓPEZ, J.A.; ZAVALA, I.; LÓPEZ, P. y MARTÍNEZ, M. I.

- 2000 ¿Catástrofes ecológicas en la estepa? Arqueología del paisaje en el complejo minero-metalúrgico de Kargaly (región de Orenburg, Rusia). *Trabajos de Prehistoria, 57* (1): 29-74.

WHITLEY, D.S.

- 1992 Prehistory and post-positivist science: A prolegomenon to cognitive archaeology. En M.D. Schiffer (ed.): *Archaeological Method and Theory 4*, University Arizona Press, Tucson: 57-100.

WILEY, A

- 2002 *Thinking from things. Essays in the philosophy of archaeology*. University of California Press, Berkeley.

WILLEY, G.R.

- 1953 *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*. Viking fund Publications in Anthropology, 23, New York.
- 1973 Man, Settlement and urbanism. *Antiquity 47*: 269-279.